

# EDITORIAL

## Ángela María Vásquez Lopera

---

Muy sombrío es realmente el actual panorama por el cual atraviesa nuestra otrora pujante y próspera querida Colombia. Situación de humillación e indignación cada vez más avergonzante, no sólo ante nosotros mismos, sino también ante un mundo perplejo e impotente que no entiende, al igual que nosotros mismos, nuestra creciente y absurda capacidad de destrucción.

Una sociedad adecuadamente cimentada sobre férreos principios y valores, es en verdad prenda de garantía para poder sobrellevar cualquier crisis por profunda que esta sea, no importando si es en el campo económico, cultural, religioso o de otra naturaleza. Una sociedad en donde florezca la esperanza, la honestidad, la solidaridad, la justicia, el respeto de la autoridad, el respeto por las ideas del otro, la convivencia. Pero... justamente este no es nuestro caso. Nos encontramos apabullados entre una cruel e intolerante anarquía, en donde la corrupción, deslealtad y la intolerancia son la cotidianidad, tal cual como la proyectamos descarnadamente al mundo entero.

Estos comentarios, así de sencillos, pero que manifiestan nuestra más cruda realidad, es para invitarlos, si aún les queda un instante, a la reflexión sobre nosotros mismos, sobre lo que nos está pasando. Y muy especialmente a reflexionar sobre el por qué de la temprana e injusta muerte de nuestra compañera de la Universidad, Ángela María Vásquez Lopera. Su muerte, fruto de esta demencial anarquía, no puede quedar en el olvido como tantas otras. Su sacrificio debe ser para nosotros motivo de una muy profunda meditación, que nos permita encontrar una esperanza y una sólida razón para vivir.

Perdió su familia, perdió la sociedad, perdió la academia una persona llena de cualidades y virtudes, un ser para quien su única esperanza en la vida era servir a los demás a través de su ya sólida y probada vocación por el servicio en el campo de la

Medicina. Siempre extrañaremos su sencillez, su tímida pero espontánea sonrisa y sus ganas de no defraudarse a sí misma ni a su familia.

Como Decano, al igual que los demás profesores, alumnos y empleados de la Facultad, no puedo ocultar este gran dolor que nos depara su temprana e injusta partida, como también la inmensa huella que deja en nuestros corazones. Paz en su tumba.

ÁLVARO ECHEVERRI BUSTAMANTE